

La búsqueda de Penélope. Apuntes para una Nueva Masculinidad, 2003, KALATHOS

3 de Enero de 2007

¿A cuáles mitos pertenecemos como sociedad? Mucho se ha hablado del fin de los grandes relatos configuradores de estabilidad social, pero poco se ha dicho sobre la diáspora simbólica que está re-configurando esos espacios imaginarios donde las sociedades se dirimen. Y es que las sociedades sólo se reconocen como tales en la configuración de sus mitos, por lo que las narraciones son las realizaciones concretas de ese mutuo y mágico reconocimiento que hace de los individuos un colectivo.

A riesgo de resultar repetitiva, quiero visitar nuevamente el mito de la Odisea. Bien sabemos que Homero reconstruye en esta obra el ideal de valores atenienses contenido en la Paideia; sin embargo, más allá de este legado didáctico sobre la construcción de las sociedades, está la fundamentación del individuo en su voluntad y en sus búsquedas. Lo más importante acá es reconocer que más allá de la búsqueda está la carencia, y los dos personajes emblemáticos de la fábula, Ulises y Telémaco, coinciden en resolver su carencia en la misma persona: Penélope, mujer y patria al mismo tiempo, pues si se pierde a Penélope se pierde Ítaca.

Quiero ir más allá. Los grados formales de la búsqueda del Areté griego se localizan en esos estatutos de la madre, la esposa y la patria, pero queda en el fondo, como siempre, la carencia. ¿De qué carecen Odiseo y Telémaco que coincide en Penélope? Si recurrimos a la fuente formal de la cultura occidental, los griegos, y leemos menos pomposamente la Odisea, entendemos que eso que llamamos odisea en el lenguaje ordinario quiere decir la puesta a prueba del ejercicio de la individualidad. Sólo al entenderse como individuo, el hombre puede forjar un orden colectivo. Y hablo del hombre en estricto sentido del género, ya que es indudable su hegemonía en los mandos gubernamentales y organizacionales, aún en esta época de rápido ascenso de las mujeres en el poder. Partiendo de este dato, si tratamos el mito como componente del inconsciente colectivo que aun compartimos en el siglo XXI, podemos pensar que, después de la liberación femenina, el que ha empezado a invisibilizarse es el hombre.

La inédita invisibilización masculina puede ser una clave de la crisis cultural y política en la que se encuentra sumido el planeta. Extraña conclusión si nos remitimos a la afirmación inicial mediante la cual decimos que el relato configura la estadía del hombre en el tiempo y en el espacio, es decir, concretiza la historia y la patria. Y si revisamos los relatos que definen la masculinidad, numerosísimos por no decir la mayoría de los mitos registrados universalmente, no entendemos por qué esta descolocación actual del hombre. La Ilíada homérica exalta la virilidad, La Odisea la masculinidad individual, su sabiduría y flexibilización, y sólo estamos nombrando dos historias muy antiguas, sin remitirnos a las revoluciones del mito caballeresco medieval ni a las resemantizaciones románticas. ¿Por qué nos quedamos entonces con los pasajes más superficiales de estos relatos, como los que exaltan la violencia y la conquista de lo ajeno?

¿Qué es lo difícil para el hombre de nuestros tiempos contenido en el mito de la búsqueda de Penélope? No es de extrañarnos que un poeta en los límites de los prejuicios de la virilidad, Constantino Kavafis, haya sido quien entendiéndose mejor que más allá de la búsqueda está la carencia y que el dolor por la carencia se sublima mediante la búsqueda. ¿Cómo siquiera buscar la patria en un mundo cuyos límites geográficos sólo se vuelven importantes en situaciones borderline de la psique, como los que se atraviesan durante los conflictos sociales y políticos? Mi pregunta real al régimen masculino, al que todas y todos obedecemos síquicamente, es ¿dónde se encuentra el punto de inflexión entre lo crudo de la violencia, el desatino y el dolor sin final, y lo cocido de la negociación, la tolerancia y la reflexión?

La crisis del género masculino viene por un debilitamiento de las habilidades culturales de construcción de los mitos. Bien sabemos que la adaptación de las mujeres a este mundo hecho a la medida de ninguno ha sido dolorosa y costosa (de este modo, el epíteto feminista es peyorativo); pues bien, ¿quién ha dicho que el equilibrio se logra con el esfuerzo de una sola de las partes? Y no estamos hablando de un equilibrio íntimo, privativo de la pareja heterosexual, me refiero a un equilibrio público, basado en el replanteamiento de las sociedades en su conjunto. Se trata de entender, por ejemplo, que hoy el machismo extremo del régimen Talibán configura una de las vertientes del terrorismo, y en las sociedades del tercer mundo como la nuestra, el terrorismo empieza por casa a través de la violencia doméstica.

Justamente la dificultad de la Odisea comienza cuando Atenea conversa con Telémaco, y le mete en la cabeza al pobre niño que debe hacerse cargo de su virilidad y honor directamente relacionados con la protección a la madre; pero hacia el final, la misma Atenea detiene a Odiseo y exhorta a la paz. Sin la actuación ambivalente de la diosa, el inútil derrame de testosterona durante la masacre de los pretendientes hubiese sido infinito. Tristemente, en cincuenta años, la Organización de Naciones Unidas no ha podido ejercer su rol de sucedánea de la diosa de la sabiduría y la guerra, y esta incapacidad salpica a su hermana mayor, la Organización de Estados Americanos, quien se ha visto en la necesidad de entrenar esas inflexiones a las que obliga su arquetipo de Atenea, con todas las dificultades epistemológicas que esto implica, y la peligrosa lentitud que deja cabida a los desmanes del régimen psíquico anterior a la nueva masculinidad.